

MORIR Y RESUCITAR

Si nos contentamos con lo que acabamos de decir, nos estamos enfrentando inevitablemente a una objeción. ¿es imposible ser divinizados, ya que precisamente es Dios quien no puede mutarse, y Dios no puede con lo imposible?. Es un error creer que Dios lo puede todo. Dios no puede hacer que dos y dos sean cinco o seis, no es posible; afirmar aquello, es lo mismo que hablar sin decir nada. Cuando decimos que Dios es trascendente, precisamente decimos que Dios es otro, absolutamente otro, y que entre él y nosotros existe un abismo rigurosamente infranqueable. En consecuencia, atreverse a afirmar que el sentido de la existencia humana es ser divinizado, es decir algo que parece imposible.

LA TRANSFORMACIÓN

He ahí el motivo por el que les propongo transformar la frase: "Nuestra vocación es ser divinizados" por la frase siguiente: "nuestra vocación es ser transformados divinamente". No pensemos que Dios está deslizándose tranquilamente a lo largo de un plano inclinado. No lleguemos a la conclusión de que estamos dentro de la vida misma de Dios. Es necesaria una transformación radical (entiendo que esta palabra en su sentido más estricto proviene de radix que significa raíz). Para llegar a ser lo que es Dios, es necesario que el hombre sea transformado radicalmente.

Así como la expresión clave de la primera conferencia es: NO QUE, la expresión clave de esta es TRANS. Encontramos este prefijo en: Trans - formación, trans - figuración, trans - ferencia, trans - porte, trans - siberiano, trans - atlántico. En todas las ocasiones que interviene el prefijo trans, hay muerte de una cosa y nacimiento de otra. El viajero que se dirige a París a Pau muere en París de acuerdo a la vida Parisina, para nacer en Pau. Cuando sea transportado de Pau a Lyon, voy a morir en la capital del Bearn, para renacer en mi ciudad de Lyon. No hay "trans" sin la desaparición de una cosa y el nacimiento de algo nuevo. He ahí el por que si nuestra vocación es ser divinizados, es indudable que nuestro destino sea de muerte y resurrección.

Es importante definir estos dos términos. Cuando se habla de muerte a lo largo de toda esta exposición, no se trata simplemente de nuestra muerte final de la muerte que está al final de la vida o al hecho de exhalar el último suspiro. Se trata de aquella muerte necesaria a lo largo de toda la vida, la muerte a sí mismo y la muerte al egoísmo que se denomina sacrificio. Todo el mundo sabe que dar a luz un niño y educarlo impone sacrificios. Cuando hablo de resurrección, no se trata de la vida después de la muerte, se trata de volver a la vida que se tenía antes de morir. Resucitar, es pasar de una vida a otra.

Me gustaría demostrarles lo que es el paso o la transferencia de la vida divina a la vida misma de Dios, que se opera no solamente después de la muerte sino también a lo largo de la vida, esto siempre implica una muerte y un nuevo nacimiento o una resurrección. Elijamos nuestros ejemplos de la vida cotidiana. Se trata de entender que un crecimiento no es un engrosamiento sino una transformación. El engrosamiento sólo existe en el orden de los minerales. Desde que se han convertido en un organismo viviente, que fue animal, hay una transformación. Trataré de exponer tres ejemplos elementales que me parecen elocuentes.

La niña que se transforma en mujer

La mujer no es una niña grande, y si lo fuera sería un monstruo. Ella no llegaría a ser mujer sino siendo transformada, es decir muriendo a su estado, a su situación de niña, para nacer a la situación o estado de mujer adulta.

Aquí encontramos algo que es esencial. Si al interrogar a la niña le pregunto si podría hacer algo agradable por ella; responderá inmediatamente quisiera ser tan grande y tan buena como mamá. Para llegar a esto tendrá que renunciara sus muñecas, a su vida inocente de niña y pasar a algo absolutamente nuevo, que no se hará sin sufrimiento. Ella no sabe que para convertirse en una persona adulta es necesario que muera a su estado de infancia para nacer al estado adulto.

La observación parece anodina, pero en realidad va muy lejos, ya que allí hay un aspecto que en el mundo moderno se denomina mito. Uno de los aspectos esenciales del mito es que el hombre siempre tiende a proyectar el presente en el futuro tal cual es, sin transformación.

En este sentido podemos decir que en la Biblia hay un mito relacionado con el aspecto de la expresión. En efecto, la Biblia nos representa la vida eterna como un reposo, y tenemos tendencia a imaginar la vida eterna en este tipo de reposo, el que mantenemos en nuestra vida terrestre cuando estamos fatigados. Cuando damos rienda suelta a la imaginación sin corregirla por la reflexión, imaginamos a la vida eterna como un tipo de ociosidad eterna. Ustedes me dirán: pero la liturgia nos da la razón, porque en el oficio de los muertos decimos: "Dales Señor el descanso eterno. Solamente la liturgia supone que somos inteligentes, esto es elemental!".

De la misma manera, la vida eterna se nos presenta como un festín, un banquete, por que actualmente la cena es común, es el signo de la fraternidad, de la paz y de la alegría. Hablándonos del festín eterno, se nos permite proyectar al presente en el futuro tal como es. Esto es propiamente mítico y tenemos que reconocer que la Biblia, el mismo Evangelio y la liturgia tienen aspectos míticos que requieren ser seriamente criticados.

No se escandalicen, cuando digo que la expresión bíblica debe ser criticada. La Palabra de Dios es una palabra humana, Jesús se dirigía a los hombres de su tiempo y con el deseo de ser comprendido por ellos, se valía de viejos mitos con los que les podía hablar. Lo propio de la teología, en el buen sentido de la palabra, es criticar, es decir hacer la crítica, reflexionar y entender lo que se dice sobre el mito, de tal manera que nuestra imaginación no caiga en la tentación propiamente infantil de proyectar el presente en el futuro tal como es, sin transformación.

Además, nosotros tenemos tendencia a imaginar la dicha del cielo que en el mundo denominamos, la felicidad. (descanso, festín etc.), aún cuando, la felicidad del cielo es en realidad la misma felicidad de Dios. Ser divinizados es ir al cielo como dice el catecismo, no es escalar una montaña, no es ir a un lugar, es participar de la vida divina. Dios no es más que amor, pues la vida eterna solo consiste en amar, en librarse de sí mismo, en no pensar en sí, en replegarse, en inclinarse sobre sí, en dejar pasar a los demás delante de uno. Esta es la felicidad del cielo.

Transformación de la Oruga en Mariposa

La mariposa no es una oruga grande, por que el crecimiento jamás es un engrosamiento. Pero si la mariposa tuviera conciencia y pudiera hablar, como en un cuento de Hadas, le preguntaría cuál es su sueño?. Sin duda ella me respondería en forma mítica, que le encantaría ser la más grande de las orugas del bosque, la reina, la emperatriz de las orugas, como aquellas que a causa de su tamaño y peso, reinaría sobre todas las demás orugas del bosque.

Se les denomina así, por la fuerza de poder, esto no es más que la exageración de lo que se es sin transformación. La oruga no sabe que para transformarse en lo que debe ser, es necesario que se despoje de su cuerpo de oruga y le sea dado un nuevo cuerpo. Ya que si ella existe, es para transformarse en mariposa, esa es su vocación. Esto no quiere decir que cuando se transforme en mariposa ella será lo que verdaderamente debe ser.

El Grano de Trigo que se transforma en Espiga

Es inútil entretenernos con ejemplos elementales, habiéndonos dado Jesucristo en el Evangelio a elegir un ejemplo tremendamente elocuente, en el capítulo 12 del Evangelio de San Juan: la historia del grano de trigo. Jesús no desarrolla esta historia, pero nos es muy fácil hacerlo. Si alguno de ustedes tuviera un poco de talento literario, le sugeriría de buena gana que escriba la historia del grano de trigo. El escritor danés, Joergense, que es el autor de una vida de San Francisco de Asís, hace poco escribió una admirable parábola sobre la historia del grano de trigo.

El grano de trigo es perfectamente feliz en su granero. No en un surco ni en la humedad, los amiguitos del montón de trigo son muy gentiles; no hay disputas, es perfecto. Permítanme decirles: dichoso el grano de trigo en su granero. Transpogan: la felicidad del hombre con una situación financiera satisfactoria, con éxito en sus negocios, con buena salud y así sucesivamente..... Ciertamente, no debemos menospreciar la felicidad humana, les deseo a todos ser felices con esta dicha... dicha de un grano de trigo en su granero, pero a pesar de todo Felices de observar lo que debemos ser por toda la eternidad.

Imagino que este grano de trigo es muy piadoso y agradece a Dios: Señor, te agradezco por lo que me das, por la dicha que permite que sea tan feliz en mi granero, deseo que esto dure siempre. El tiene razón de agradecer a Dios y solo a él, Cuidado. No sería correcto que este grano de trigo se dirija a un Dios que no existe. O a un Dios que no sería sino el autor y el garante de la felicidad del grano de trigo en el granero, igualmente si esta dicha es un hecho legítimo, yo digo: un Dios como este no existe, es un ídolo. Precisamente este es el Dios negado por muchos ateos que son nuestros contemporáneos. ¿Podemos decir que ellos tienen la culpa? Y si el grano de trigo se empeña en interpretar canciones, yo tomo mi pluma y escribo un tratado para hablar sobre la ilusión de los creyentes.

Un día se carga un montón de trigo sobre una carreta y se le lleva al campo. El campo es aún más bello y más agradable que el granero. Además ante el cielo azul, las flores, los árboles los llanos, las montañas, el grano de trigo agradece a Dios por ser el más bello: Señor, te agradezco por todo aquello que es tan bello. El grano de trigo tiene razón, hay que agradecer a Dios por las cosas bellas de este mundo. Pero el siempre es un grano de trigo: un Dios que permita que el grano de trigo permanezca igual, un Dios que mantuviera al grano de trigo en su granero sin ninguna especie de fecundación, un Dios como tal no existe.

Al llegar a la tierra recientemente labrada, se esparce el trigo sobre el suelo: el esfuerzo es una pequeña removida. Poco importa, es agradable, es una nueva sensación. Pero es aquí en la tierra, donde se introduce el grano de trigo. El no ve nada más, no oye nada más, la humedad le penetra hasta lo más profundo. El grano de trigo que por la muerte inevitable está en vías de ser transformado, de transformarse en lo que debe ser, es decir, una hermosa espiga, añora el granero donde, en efecto, era muy feliz pero feliz de una dicha humana. En este preciso momento el trigo dice aquello que dicen millones de hombres a nuestro alrededor: si Dios existiera, no sucedería tales cosas. Es una lástima, precisamente es allí donde se trata del verdadero Dios: el Dios que lo transforma para dejarlo pasar del estado de grano al de espiga, esto sólo es posible con la muerte. El único Dios que existe es aquel que nos hace crecer, pasar de una condición simplemente humana a una condición de hombre divinizado.

En sí, esta es toda nuestra historia, esta es la condición humana. No existe sin transformación, no existe transformación sin muerte y nuevo nacimiento. De acuerdo a lo tratado, en la historia humana hay tres tipos de muerte y de nacimiento, tres tipos de transformación y tres pascuas típicas.

El término Pascua o Pascuas, viene del hebreo que tal vez significa "paso": pásah en hebreo, pascha en griego, pasqua en latín paques en francés, con acento circunflejo, que reemplaza a la s (pero la s se mantiene con el adjetivo "pascual").

En nuestra vida existen dos pasos:

El primer paso es nuestro nacimiento humano: nosotros hemos pasado de la nada, donde estábamos nueve meses antes de venir al mundo, a la situación de bebé en su cuna. Es un paso prodigioso, el pasar de la nada a la existencia humana, que es una existencia inteligente y libre. Pero no es más que la condición de un segundo paso.

El segundo paso, es el de una existencia humana a una existencia propiamente humano - divina. Este paso es inconmensurable con relación al primero, o no sabemos que es lo que decimos cuando pronunciamos la palabra de Dios. Es sorprendente pasar de la nada a la existencia humana, pero aún es mucho más sorprendente pasar de la existencia humana a la existencia humano - divina. El primer paso se realiza sin nuestro consentimiento, no se nos ha pedido autorización para venir al mundo. El antiguo poeta latino Lucrecio - quien era pesimista - ya se lamentaba en un verso admirable que escribió y que ha sido publicado "del vientre de su madre a las riveras de la luz" y añadía "Pero todo esto se hace sin mí". El segundo paso no se realiza sin nosotros, se cumple a lo largo de la vida.

Si fuera necesario traducir en términos espaciales, la diferencia entre estos dos pasos, diría que la distancia entre la nada y la existencia humana, es comparable con la distancia que hay entre el suelo y una mesa; y la distancia entre la existencia humana y la existencia humano - divina, es comparable con la distancia que hay

entre la tierra y el sol. Y aún así mi comparación está lejos del tema, por que la distancia de la tierra al sol se puede medir y es medida, mientras que la distancia existente entre nosotros y Dios no se puede medir.

Aprovecho la ocasión para informarles que, según el cristianismo, la existencia humana es verdaderamente sublime. Transformarse en lo que es Dios, tengan cuidado. Pero si la existencia humana es sublime también es trágica y es imposible que esto suceda de otro modo. No hay término medio entre ser divinizado y ser condenado. Lo sublime no sería verdaderamente sublime si lo contrario no fuera trágico.

La Pascua es el segundo paso y hay tres pascuas, tres pasos transformantes o transfigurantes en la historia de la humanidad.

TRES PASCUAS O PASOS TRANSFORMANTES

La Pascua nos es relatada en el libro del Exodo, el que todo cristiano debería haber leído por lo menos algunos capítulos, puesto que este libro se lee como una novela.

Los Hebreos eran en Egipto una minoría oprimida. Creo que sabemos lo que son las minorías, a menudo explotadas. Los Hebreos tenían que transportar la paja y las tejas para la construcción de casas. Se les obligaba a hacer trabajos forzados y su salario era una mísera porción de cebollas, las famosas cebollas de Egipto, que aún se les encuentra en las esquinas de las calles del Cairo; así como en América o en Francia durante el invierno se venden castañas calentitas. Ah!, allí es donde se conoce lo que es la pobreza. Recuerdo el día que entré en una expenduría de tabaco, estaba confuso e ingenuamente pedí una cajetilla de cigarros: estaba rodeado de Árabes que no pedían una cajetilla sino un cigarro, tuve vergüenza de mi riqueza por comprar veinte cigarros a la vez!.

Un día el Faraón decidió, como decimos en la Industria - la expresión es siempre actual - aumentar el nivel de producción, es decir más trabajo sin aumento de salario. Moisés se dirige a Dios (es necesaria una experiencia espiritual, lo que se nos explica en la Biblia bajo la forma de Diálogo con Dios), y le dice: "Es intolerable, tu pueblo es un pueblo de esclavos" Dios le responde: "Tienes razón, no me es posible dialogar con esclavos. Quiero que mis hijos sean hombres libres. Lo que define al hombre es la libertad. Tú los harás pasar (paso, pascua) del Egipto de la esclavitud a la Palestina de la libertad. Palestina es la tierra que prometí a tus ancestros, la tierra donde serán hombres libres."

Nosotros podemos llevar las cosas aún más lejos y preguntarnos, lo que significa la libertad para un pueblo, esencialmente la prosperidad económica y la independencia política. Si una de las dos falla, la libertad no es total. La tierra de Palestina será próspera, la Biblia dice que es una tierra donde mana la leche y la miel. En lo que se refiere a la independencia política, todas las veces que Palestina sea amenazada por los Egipcios, Babilonios o Asirios; intervendrá Yahvé, y esta es toda la historia de pueblo hebreo tal como nosotros lo conocemos.

Entre el Egipto de la esclavitud, es decir, la situación del grano de trigo en un granero, y la Palestina de la libertad, hay un desierto inmenso, es el Sinaí. Se necesitaron cuarenta años para atravesarlo, cifra evidentemente simbólica, lo que significa mucho tiempo. Pero los Hebreos sobrevivieron en el desierto, ellos se parecen al grano de trigo que se hunde en la tierra, añorando los días que fueron esclavos en Egipto, ya que al menos allí tenían salario, su mísera porción de cebollas, mientras que en pleno desierto no había nada que comer. También comenzaron a rebelarse y fue necesario que Moisés los apaciguara con el milagro de las codornices, el del maná, el del agua que brotó de la roca. Pero aunque ellos avanzaban, anhelaban volver, a pesar de que el suelo estaba calcinado.

Miren al pueblo que fue esclavo, que va rumbo a la libertad y que quiere salir de su esclavitud. Conoce usted la hermosa pieza de Paul Claudel titulada EL LIBRO DE CRISTOBAL COLON? Jean Louis Barrault, la puso en escena magníficamente en París hace algunos años. Los marineros se sublevaron en pleno corazón del Atlántico y querían volver por que tenían sed y estaban agotados.

En LOS HERMANOS KARAMOZOV, una de las más grandes novelas de la literatura, Dostoevski hace decir a un personaje, el gran Inquisidor: "Si se le da a elegir al pueblo entre la felicidad y la libertad,

desafortunadamente, es capaz de preferir la felicidad". La felicidad del grano de trigo en su granero. La dicha de un pueblo que no es responsable de nada, que no participa en la vida de la nación, que no tiene responsabilidades. (aquellas responsabilidades sin las cuales no se es un hombre auténtico), sino que se adecua a una vida extremadamente mediocre, con tal de vivir, vestirse y alimentarse. Allí radica la infelicidad: cuando se tiene que elegir entre la felicidad y la libertad, es preferible la felicidad a secar a la felicidad de ser un hombre libre.

Finalmente Moisés logra que el pueblo lo siga y llegue a la Tierra Prometida, es decir, la patria de la libertad. Imposible que haya un corto circuito en el desierto, no hay nada que hacer. Los Hebreos tenían la impresión de ir hacia la muerte, en realidad se dirigen hacia la verdadera vida. Como cuando se entierra el grano de trigo, este cree que muere, pero en realidad está en vías de ser una bella espiga que pronto se balanceará con el viento. No se puede ser transformado sin pasar por una muerte, el sacrificio de cierto tipo de felicidad, para ser más claros decimos, la felicidad egoísta. Hay que reconocer nuestro egoísmo para reconocer la verdadera felicidad, la dicha misma de Dios, a la cual estamos destinados para la eternidad. Es necesario pasar por la muerte para alcanzar la gran libertad divina. No se puede ser un hombre libre con la misma libertad de Dios, sin ser transfigurado.

Pascua de Cristo.

Cristo revive por su cuenta lo que su pueblo había vivido. Primero lo revive simbólicamente, pasando cuarenta días en el desierto, en el umbral de su vida pública (cuarenta días que recuerdan los cuarenta años del éxodo) después, ya no hubieron más hechos simbólicos sino reales. Subiendo al Calvario: Cristo va hacia la muerte, en realidad el va hacia la verdadera vida, que es la vida de resucitado en el corazón de la Trinidad, la vida misma de Dios. La primera pascua no era más que una imagen, la de Cristo es la Pascua central de la historia.

Anteriormente hemos dicho que Cristo es hombre, el hombre perfecto, aquel que vive el destino del hombre en toda su plenitud, es el mismo Dios hecho hombre que muere para resucitar, es decir para "pasar de este mundo al Padre" (Jn 13,1). La resurrección de Cristo no es el regreso a la vida que era suya antes de morir es el paso a la vida de Dios. Después de su resurrección, Cristo vive en el mismo corazón de la Trinidad, las condiciones de su vida son las condiciones de la vida divina. El es otro, ya no es más como nosotros, ligados a todos los acondicionamientos del espacio y del tiempo.

Reflexionemos: Cristo se ha vuelto diferente, pero no es otro, es el mismo Cristo. Un poco así como la neblina de otoño de París que se transforma en verano, transfigurada por el sol que permanece en el mismo París. Cristo resucitado no termina de ser un hombre. Como escribe Romano Guardini, de todas las religiones "solo el cristianismo ha osado poner el cuerpo (humano) en las profundidades más ocultas de Dios". Cristo no es despojado de su humanidad resucitando, el no se ha despojado de su "carne" después de treinta años, como polvo inútil. Cristo resucitado es Hombre - Dios para la eternidad. Desde la resurrección, la Trinidad no es más el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; es el Padre el Hijo encarnado, muerto y resucitado y el Espíritu Santo; es el Padre, Cristo y el Espíritu Santo. Resucitado el hombre - Jesús vive en el corazón de la Trinidad. Porque Dios sería Cristo hecho hombre sólo para atraernos hacia él, ¿porque vivimos "por Él, con Él y en Él" en el corazón de la Trinidad, de la vida de Dios? Vale la pena dar su vida para que los hombres lo sepan, y esta sea su esperanza.

Nuestra Pascua

La tercera pascua de la historia es la nuestra y no hay más que una quiero decir que cada una de nuestras decisiones es una pascua, o sea en forma de muerte y resurrección.

1. Importancia de nuestras decisiones

Comencemos por entender que lo que importa en nuestras vidas son nuestras decisiones. Mi vida real de hombre o de mujer, o si ustedes prefieren, lo que hay de humano en mi vida es una sarta de decisiones. Lo que en mi vida no es decisión, no es nada, no construye nada, no tiene valor (pienso en la paja que se coloca en los paquetes, para evitar que el objeto precioso se estropee). San Agustín hace una comparación más poética: "Nosotros somos comparables con un arpa, y la única cosa importante en el arpa son las cuerdas. Es

cierto que hay un armazón, pero son las cuerdas las que vibran. En mi vida lo que vibra y lo que construye son mis pequeñas o grandes decisiones".

Existen pequeñas decisiones que parecen insignificantes: la decisión de hacer un servicio a un vecino que está enfermo, la decisión de renunciar a un paseo, para pasar el día en el hospital cerca de un amigo que ha sido herido, etc. Si me dirigiera a los niños diría: la decisión de ceder mi asiento en un autobús o un tren, la decisión de comer una porción mínima de carne del plato, para dejarle la mayor parte al que viene después de mi, etc. Es un sacrificio, es una muerte. Hacerlo por un niño, ya es morir a su egoísmo.

Existen grandes decisiones que orientan toda una vida: la decisión de casarse, la decisión de ingresar a un seminario o a la vida religiosa, la decisión de renunciar a una mujer, que no es aquella a quien se la ha jurado fidelidad: es terrible y doloroso tener que renunciar al hombre o a la mujer que se ama; conozco algunas confidencias sobre esto; es la muerte. Es terrible sino se toma una decisión, es que no se es un hombre y el sacerdote debe ser un hombre.

Entre las pequeñas y las grandes decisiones existe toda una gama pero lo que - en la vida - no es decisión, acto libre u opción, no es nada. Además, estas son las decisiones que nos engrandecen. Este día tras día, minuto tras minuto, decisión tras decisión es precisamente aquello con lo que construimos nuestra vida eterna. Entonces ¿por qué?, simplemente por que Cristo resucitado está en el centro de las decisiones que tomamos.

2. Cristo está presente en nuestras decisiones

Simplemente pongamos la pregunta: Creen ustedes que Cristo ha resucitado? Puesto que ustedes son cristianos me responden: sí, naturalmente, San Pablo nos dice "si Cristo no ha resucitado, nuestra fe no tiene ningún fundamento" (1 Cor 15,14).

Si Cristo ha resucitado, ¿está vivo?. Ustedes están obligados a responder: sí. Decir que Cristo ha resucitado es decir que Cristo está vivo.

Si él está vivo, está presente. ¿Dónde les gustaría que esté? Cristo no está en la luna, no está en Sirio, no está tras las estrellas, no está en el espacio que separa a la tierra de los demás planetas (dado que él ha resucitado, él es extranjero en el espacio, no tiene nada que ver con el espacio). Él está en nuestra libertad, pues es por la libertad que nosotros somos verdaderamente hombres, que surgimos de la naturaleza.

Si Cristo está presente, él está activo, él hace cualquier cosa, ya que una presencia inactiva no es una presencia real. Recuerdo a una jovencita que no lograba entender que Cristo era activo en nuestra libertad. Entonces le dije que "a pesar de todo, esto no era una liebre" y entendió repentinamente. Cristo no es una liebre que no está allí por estar allá (por el momento dejemos la Eucaristía, de esto hablaremos después). Además Cristo está allí donde estamos nosotros, no está en el hígado o en el páncreas, está en nuestra libertad. No en nuestra libertad cuando dominamos, sino cuando realizamos actos libres, es decir, cuando tomamos decisiones.

Si Cristo está activo, está transfigurado. ¿Qué quiere usted que haga sino es transfigurarse? El es amor y el amor transfigura todo lo que toca. Veamos pues a esta pobre muchacha medio neurasténica que no quiere salir de su cuarto, rehusa comer, no duerme; He ahí que un buen día encontró a su Príncipe azul y entonces todo el mundo se pregunta, ¿qué ha sucedido? Ella transformada, el amor la ha transformado. El amor no puede transfigurar todo lo que toca.

Si Cristo está transfigurado es divinizante. Puesto que es Dios quien está presente en nuestra libertad; para Él transfigurarnos es divinizarlos y transformarnos en lo que es Él.

Insisto, por que tengo la impresión verdadera, de acuerdo a las encuestas que pude hacer aquí y allá, de que la verdad absolutamente central de nuestra fe les parece difícil a muchos cristianos, por que ellos aún están estancados en las nociones abstractas. No vayan a decir que es difícil todo lo que les digo en ese momento. Decir que alguien está vivo, no es abstracto (una presencia no es abstracta, por lo menos en el mundo). Decir

que Cristo está presente en nuestros actos libres, en nuestras decisiones y que él las transfigura tampoco es abstracto.

No vayan a decir que soy un intelectual, de lo contrario me habría apresurado a demostrarles lo que son ustedes. Porque aquel que es intelectual en el mal sentido de la palabra es aquel que utiliza palabras muy usadas pero sin buscarles el más mínimo sentido. Hay que destrozarse las palabras así como se rompe una alcancía o un huevo de pascua para ver lo que tiene dentro. Les reto a desgastar las palabras, es indispensable.

3. Cristo diviniza nuestra actividad humana humanizante

A primera vista, esta fórmula es un poco densa pero no abstracta, es la más real que existe: Cristo da una dimensión divina a nuestras decisiones humanas - humanizantes. En otras palabras, Cristo diviniza lo que nosotros humanizamos.

¿Qué puede divinizar Cristo, si nosotros no humanizamos nada? Y nos quedamos en las mismas. Si con el pretexto de que nos ensuciamos las manos, no hacemos nada durante todo el día. Si nuestra vida no es una vida que trabaja para transformar las relaciones entre los hombres ni entre las instituciones sociales y políticas que condicionan estas relaciones (porque las instituciones sociales y políticas pueden hacer que las relaciones sean necesariamente inhumanas?). ¿Son nuestras relaciones verdaderamente humanas y cada vez más humanas? Es que las decisiones que tomamos tienden a humanizar el mundo? En el plan familiar primero, en el plan social y luego en el político? Por ejemplo, una actividad sindical inteligente es una actividad que tiende a humanizar las relaciones entre los hombres.

Pues el hombre no existe, el hombre es una obra. El Apóstol Santiago dice: Nosotros somos el principio del hombre, somos esbozos de hombre. Dios no creó al hombre tal como es. Dios tiene horror a lo hecho. Dios creó al hombre capaz de crearse a sí mismo.

Nuestra tarea humana es la de crear al hombre, es decir, hacer que exista. Ustedes no me dirán que el hombre existe. ¿Quién de nosotros se atrevería a decir: Yo soy un hombre? Cuando veo un bebé en los brazos de su madre, felicito a la mamá y le digo: magnífico, espero que lo haga un hombre. O lo que es absolutamente evidente, cuando se trata de un bebé es verdadero cuando se trata de todo hombre a cualquier edad. Hay cosas que están hechas, pero el hombre no es una cosa, se está haciendo hombre. Nuestras relaciones e instituciones deben convertirse en algo verdaderamente humano cuando están en vías de humanización.

Nos estamos transformando, son nuestras decisiones las que contribuyen a que seamos hombres, y nuestras decisiones no son verdaderamente humanas si es que no son humanizantes. Nuestra humanización pasa por la humanidad de los demás, nuestra libertad pasar por la liberación de los demás. Un hombre libre no se transforma solo, eso no es posible. Un hombre libre se transforma a sí mismo, cuando se dedica a liberar a sus hermanos. Se vuelve más hombre, trabajando en lo que sea más humano en el mundo.

Las decisiones humanizantes, es raro que ellas no sean sacrificios, muertes al egoísmo, uno puede darse y guardarse para sí. Todo el mundo sabe por experiencia que sin sacrificio no hay una auténtica vida humana - humanizante. Pero lo que no saben los no creyentes y que nosotros debemos saber (ya que ese es el motivo por el que somos cristianos) es que cada una de las decisiones humanas - humanizantes, que en cierto modo matan nuestro egoísmo es un pasaje a la vida divina, cada una de estas muertes parciales es un nuevo nacimiento. Esta es la decisión que tiene una estructura pascual, una estructura de muerte y resurrección.

Ya que después de la muerte no pasamos a la vida divina, les suplico eliminar de su espíritu la idea de que Dios derrama sobre nuestra alma un licor llamado gracia, el que nos permitiría ser transportados después de la muerte a un maravilloso jardín denominado Paraíso. Todo esto es de mitología: francamente no es el momento. La vida divina, la vida eterna, la divinización no es solamente la vida futura, ella es el presente. Transformándose en lo que es Dios, se "va al cielo", por cada una de las decisiones humanizantes.

De allí la fórmula en la que, por mi parte, tengo tanto que me es suficiente para ser cristiano (se hace lo que se puede). Ya que cuando estoy tentado de deslizarme por la pendiente de los sueños egoístas, cuando estoy

tentado de no trabajar al máximo por un mundo más humano, más justo y más fraternal, recuerdo la frase que dice: mi pobre amigo, sería necesario, a pesar de todo, que pongas en práctica lo que dices a través de toda Francia.

La fórmula es la siguiente: Cristo resucitado, que está vivo, presente - activo - transfigurando - divinizando al corazón de nuestras decisiones humanas - humanizantes, les da una dimensión del Reino eterno, propiamente divino.

Parecen existir ciertas dudas sobre la palabra dimensión, ya que para los no creyentes se trata de kilómetros o dimensiones de un objeto. Ayúdenme a encontrar el término adecuado, hacen años que lo busco y no lo encuentro. Una comparación puede ayudar a entender mejor las cosas. He aquí al soltero: su vida tiene una dimensión filial (tiene padres); su vida tiene una dimensión fraterna (tiene hermanos y hermanas); su vida tiene una dimensión nacional (es Francés); su vida tiene una dimensión musical (ama la música); su vida tiene una dimensión profesional (es abogado, médico o carpintero). Pero el es soltero, su vida no tiene pues una dimensión conyugal. Cuando este hombre contraiga matrimonio, su vida adquirirá una nueva dimensión absolutamente privilegiada que va a cambiar su vida. Y será la dimensión más importante.

La comparación es muy clara: si hay una Iglesia, es para revelar a los hombres que la vida no es solamente una vida humana. La vida de los hombres tiene una dimensión humano - divina. Así, Cristo está presente en las dimensiones humanizantes de los que no lo conocen, por ejemplo: los novecientos millones de chinos. Si me fuera posible ir a la China, diría que voy allá, no para salvar a los chinos (hace mucho tiempo que Cristo me precedió) sino para revelarles al que los salva, es decir, al que los diviniza. Si usted me dice que eso no tiene importancia, le respondería que está sordo, que nosotros no amamos verdaderamente a Cristo. Si amo a Cristo, quiero que lo conozcan, a condición, como se dice normalmente, de que ellos lo traten de acuerdo a su conciencia, es decir que su actividad sea verdaderamente humanizante

Cada vez que tomo una decisión por la verdad, la justicia, la libertad o sea por los que se denominan valores, Cristo resucitado da a mi decisión una dimensión propiamente divina. Para decirlo de paso, el no puede divinizar sino mis decisiones humanizantes. Cristo no puede divinizar al pecado, por que no es humanizante: el pecado consiste en renunciar a humanizar, es lo que se llama des-humanizante: no podemos entender bien lo que es pecado, si no entendemos primero lo que es nuestra vocación. Ya que el pecado consiste en faltar a nuestra vocación. El pecado es el rechazo a nuestra divinización y eso se traduce por egoísmo en todas sus formas, es decir lo contrario de lo que es Dios.

Tal es la pascua de la historia y hay tantas Pascuas en la historia como decisiones humanas - humanizantes. Día tras día, decisión tras decisión, nosotros construimos una eternidad humano - divina, por que Cristo la construye con nosotros. Nosotros los cristianos, creemos que tal es el sentido de nuestra existencia y que el sentido vino con el cumplimiento de nuestra tarea humana. Si no fuéramos hombres, no construiríamos más que lo humano, y lo humano reconstruye. Del verso de Valéry: "Todo va a la tierra y entra en juego". Pero aquel que se hace hombre porque el hombre proviene de Dios, está en el corazón de nuestra libertad y transfigura divinamente nuestra actividad humana - humanizante.

Evangelio significa Buena Nueva. Es que Dios es todo amor y la grandeza del hombre es inmensa por que su vocación es infinita, va mas allá de lo que él podría imaginar por sí mismo o concebir: El hombre es capaz de amar como Dios ama.